

CAPÍTULO 1

PREGUERRA

Mi nombre es Bill Campbell. Mi vida era como la de cualquier persona de veintitrés años. Trabajaba como profesor de matemáticas en la escuela de secundaria Notre Dame, en Surrey, Inglaterra. Vivía en una casa de campo con mis padres y mi hermana Sarah. Me encantaba mi vida, hasta que...a Hitler se le ocurrió invadir Polonia. Toda mi realidad cambió.

Un día de diciembre de 1943 llegó a mi casa un telegrama, para reclutarme. Tenía que estar al día siguiente en Sussex, para unirme al ejército británico.

No pude despedirme de mis alumnos ni de mis amigos. Mis padres y mi hermana fueron a decirme adiós a la estación de tren. Jamás olvidaré sus caras al irme, no me quería marchar, pero era una obligación. No sabía cuándo podría regresar a casa.

Mientras estaba de camino a Sussex (aeródromo de Shoreham), un chico de más o menos mi edad, se sentó al lado mío. Le pregunté su nombre y hacia dónde iba. Él me respondió que su nombre era Ben, era un médico norteamericano que venía de Indiana, se dirigía a la misma base que yo. No sabía que íbamos a correr una gran aventura juntos.

CAPÍTULO 2

SHOREHAM

Al llegar a Shoreham, Ben y yo nos dirigimos al campamento base de la Royal Air Force (RAF), con la suerte que nos asignaron a la misma compañía.

Al principio, la instrucción a la que nos sometieron fue muy dura, porque consistía en levantarnos a las cuatro de la mañana hasta las diez realizando ejercicio físico: Correr veinte kilómetros diarios, aprender a escalar, a reptar, a realizar carreas de obstáculos...

De diez a doce había clase de estrategia militar. A las doce parábamos para comer algo (si a aquello se le podía llamar comida), y nada más comer, íbamos a las clases de manejo de armas, hasta las cinco de la tarde. Después nos dedicábamos a hacer la colada y a mantener nuestra habitación limpia.

Así pasó un mes, cuando el capitán de nuestra compañía nos reunió a ocho soldados (entre ellos estaba Ben), para comunicarnos una misión: Volar hasta Grecia para suministrar armas a la resistencia griega. Nos iríamos de la base al día siguiente.

Aproveché las últimas horas para mandarle la última carta desde Reino Unido a mi familia. Y me preparé para subir al avión, el cual podía ser el último viaje de mi vida.

CAPÍTULO 3

LA MISIÓN

Eran las cinco de la mañana, cuando el avión despegó. A bordo íbamos: Ben (médico), Stephen y Mikey (piloto y copiloto), Charlie (navegante), Ed (bombardero), Scott y Joe (ametralladores), y yo, que era el operador de radio.

Llevábamos dos horas de vuelo y nos encontrábamos sobrevolando Francia, cuando empezaron a lanzarnos baterías antiaéreas el ejército alemán.

Al principio conseguimos evitarlas, pero finalmente nos consiguieron dar en dos de los motores y, acertaron a Joe, que no sobrevivió. No nos quedó más remedio que abandonar el avión y tuvimos que saltar con el paracaídas.

No había pasado tanto miedo en mi vida, y no sé durante cuánto tiempo estuve en el aire. Pero de pronto, me encontré en tierra. No sabía dónde estaba ni dónde estaban mis compañeros.

Recogí rápidamente el paracaídas y lo escondí debajo de unos arbustos. Me dispuse a buscar a mis compañeros. Comencé a oír unas voces en alemán y me di cuenta que llevaban apresados a Ben y a Ed. De los demás, ni rastro había. ¿Qué haría yo para rescatar a mis compañeros?

CAPÍTULO 4

FRANCIA

Ben y Ed iban en un grupo de prisioneros, a los cuales parecía que se los llevaban a algún lugar, porque los estaban subiendo a un camión. Mi primera intención fue correr hacia ellos, pero luego pensé que lo mejor era intentar llevar a cabo un plan para hacerles escapar. Quise hacer un fuego para llamar la atención de los alemanes y así crear una distracción mientras yo abría la puerta del camión donde se encontraban mis compañeros. Con tal mala suerte que un soldado alemán me vio ir a recoger ramas y también acabé apresado.

El viaje en el camión duró varias horas. Cuando bajábamos de él, nos encontrábamos en el campo de internamiento de Le Vernet, (Ariège, Pirineos franceses). El campo estaba compuesto de prisioneros aliados (ingleses, belgas, polacos, americanos, españoles...). Nos dividieron por grupos de veinte personas y nos metieron en cabañas. Nuestra vida se limitaba a comer, dormir, ducharse e idear algún plan de fuga. Algunos de los que estaban allí se habían intentado fugar más de diez veces. Así que teníamos que imaginar un plan que fuese realmente bueno. Después de varios meses conseguimos dar con uno que nos convenciera.

CAPÍTULO 5

LA FUGA

Una noche de septiembre de 1944, el camión de la lavandería se marchó del campo de prisioneros. Sin saber que llevaba dos invitados más. ¿Cómo conseguimos llegar hasta el camión?

Como todas las tardes, todos los veinte de nuestro grupo nos mandaban a duchar. Aprovechamos, Ben y yo, ese momento para colarnos entre las rejillas del techo del edificio de las duchas. Y así esperamos a que anocheciera. Nadie se dio cuenta de nuestra ausencia porque Ed quiso ayudarnos, quedándose allí con dos muñecos hechos con almohadas y poniéndoles nuestros uniformes, así que, cada vez que pasaban lista allí estaban nuestros compañeros con los dos muñecos haciéndose pasar por nosotros. Cuando ya se hizo de noche, salimos hacia el camión, escondiéndonos de los guardias. Y llegamos justo a tiempo para subir al techo del camión. Una vez fuera del campo, corrimos hacia el bosque. Y de allí a España.

Cada vez que le cuento esta historia a mis nietos, parece que fuera ayer. Se que a Ed y al resto de prisioneros les liberaron una vez terminara la guerra. Espero que las futuras generaciones no sepan nunca lo que significa vivir una guerra.

MAFALDA HOPPER